

HISTORIA PROBLEMA Y PROMESA

homenaje a
jorge basadre

Capítulo 62



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1978

© Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 1978

Diseño de carátula: Víctor Cumpa

Tuvo a su cargo la revisión técnica: Guillermo Cock

Fotografía: Guillermo Hare

LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA DE LATINOAMERICA

Leopoldo Zea

Varios historiadores estadounidenses de la cultura latinoamericana, entre ellos Harold Eugene Davis, han destacado la importancia que ha adquirido, en estas últimas décadas, la preocupación surgida en Latinoamérica por elaborar síntesis referentes a varias expresiones de la cultura de esta parte del Continente. Síntesis, entre otras, desde el ángulo de la historia de las ideas. Una historia que ha encontrado ya su expresión en varios trabajos de carácter nacional. La preocupación por la elaboración de síntesis a nivel nacional, ha dado origen a diversos trabajos de tal índole en la ya casi totalidad de los países que forman la América Latina. Pero también, se han hecho varios intentos de síntesis cultural, tanto sociológica, como económica y filosófica a nivel latinoamericano. Una de estas expresiones, viene a ser el reciente trabajo del peruano Francisco Miró Quesada, titulado *Despertar y Proyecto del filosofar latinoamericano*.

Pero, tanto Davis, como algunos otros estudiosos de la llamada Historia Intelectual de Latinoamérica ha señalado, con sentido crítico que la mayoría de las síntesis, en especial las realizadas a nivel latinoamericano y continental, han sido hechas por investigadores formados en las disciplinas filosóficas. Razón por la cual tales trabajos tienen una preocupación especial que afecta a la objetividad del sujeto estudiado; como es buscar la relación que este sujeto guarda con determinados proyectos. Proyectos que son vistos a nivel continental e inclusive, planetario. Es, precisamente, contra esta supuesta falta de objetividad, que los estudiosos estadounidenses han enfocado sus críticas.

El maestro José Gaos, por su parte veía en esta criticada orientación, el meollo de realización de las anheladas cultura y filosofía latinoamericanas. Porque ha sido, precisamente, esta preocupación la que ha determinado el sentido de la historia de nuestra cultura. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, toda una pléyade de pensadores latinoamericanos se lanzó a la búsqueda de una cultura que fuese propia de esta América, así como a la búsqueda de una filosofía que diese sentido a la misma. Esta generación, de la que hemos hablado y en varias ocasiones, de la que forman parte José María Luis Mora, Francisco Bilbao, Domingo Sarmiento, Victorino Lastarria, Andrés Bello, Juan Montalvo,

Juan Bautista Alberdi y otros muchos, se sentía enajenada por tal preocupación. Del logro de este proyecto hacía depender lo que consideraba la plenitud de emancipación latinoamericana. De la realización de una cultura, y una filosofía latinoamericanas, hacía depender la plenitud de emancipación de las nuevas naciones latinoamericanas. A la emancipación política debería seguir lo que llamaba la "emancipación mental". Ya en esta época, la que siguiera a la lucha por la emancipación política frente a la Colonia, se hicieron extraordinarias síntesis, que si bien ponían el acento en fenómenos regionales como el *Facundo* de Sarmiento, eran consideradas como válidas para toda esta América. Problema central latinoamericano lo era la dicotomía que se planteaba a la síntesis sarmentiana: civilización o barbarie; o bien la presentada por el chileno Bilbao, en el dilema catolicismo o republicanismismo. Así como el de Progreso o retroceso de nuestro Mora.

Nuevas síntesis de la historia latinoamericana, especialmente a partir de interpretaciones nacionales, serán las que se realicen en nombre de este mismo anhelo de plena emancipación, en los trabajos que en los fines del pasado siglo XIX y los primeros del XX se hicieron bajo la inspiración del positivismo. Ejemplar es, en este sentido, el libro de Justo Sierra, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, así como los del argentino Juan Agustín García y otros muchos a lo largo de nuestra América. En estos trabajos como en los que le antecedieron, la supuesta objetividad que se reclama en nuestros días, es completamente extraña ya que están marcados por una preocupación futurista. Entre otras preocupaciones esta la de incorporarse al mundo de progreso del que son adelantadas naciones como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Era la Inglaterra que había dado origen a las filosofías de Stuart Mill y Spencer, la Francia de Augusto Comte y los Estados Unidos con sus grandes filósofos pragmatistas. Arribar al progreso, ser parte activa de él, será la preocupación de quienes en esos días escribieron las síntesis históricas de nuestros pueblos.

Nuevas síntesis se realizan al nacer el siglo XX. Síntesis planteadas ya a nivel continental. Síntesis ahora originadas por la puesta en marcha del más poderoso de los imperialismos, el de los Estados Unidos. Por los Estados Unidos que habían sido vistos como modelo, como proyecto a realizar, por los "emancipadores mentales", latinoamericanos del medio siglo XIX. Ahora se harán síntesis encaminadas, a rescatar el pasado propio de esta nuestra América. Pero no para detenerse en él, sino para hacer del mismo un punto de partida, y estímulo de un futuro que habían de ser realizados por los pueblos latinoameri-

canos. Tal será la preocupación de José Enrique Rodó en su *Ariel*, de José Martí en *Nuestra América* y de José Vasconcelos en la *Raza Cósmica*. La historia de nuestra cultura será ya vista dentro de un horizonte dialéctico, dentro de la conciencia de dependencia frente a esta o aquella expresión imperialista y de liberación, o desalienación, frente a esta dependencia. Síntesis que son todo lo contrario, de lo que podría animar a la historia intelectual de que se habla en nuestros días. Síntesis históricas hechas, no para satisfacer un determinado interés erudito, sino para orientar la acción latinoamericana hacia el logro de metas que hagan posibles los viejos anhelos de libertad de estos pueblos.

En estas últimas décadas, las síntesis históricas que se han realizado en Latinoamérica están conscientemente preocupadas por el futuro. Se busca el sentido de la historia, nuestra historia, para hacer de ella instrumento de una acción encaminada al logro de metas que, una y otra vez, se han propuesto nuestros pueblos. La objetividad que reclaman los investigadores estadounidenses, o sus serviles seguidores en Latinoamérica, es ajena a los autores de las síntesis de la historia latinoamericana. Y es ajena porque es otra la preocupación que anima esta búsqueda del pasado, de la que pueden tener investigadores que no pueden sentirse comprometidos con un pasado, una historia, y un futuro que, de cualquier forma, les es ajeno. O al menos relativamente ajeno en cuanto es esta nuestra historia algo colateral dependiente de la historia dentro de la cual se hacen síntesis que no afecten a la misma. Los investigadores del Imperio pueden darse el lujo de estudiarnos, dentro de un relativo objetivismo, tal y como se puede estudiar cualquier objeto ante un microscopio. Un lujo, que no pueden ni deben darse nuestros historiadores, que necesariamente se encontraron en esa historia con el origen de preocupaciones que no pueden ser objetivas. Es en esta historia que se torna conciencia de situaciones que no pueden ser aceptadas y que deben ser cambiadas. Es esta conciencia la que hace imposible tal objetividad y hace del historiador un crítico o un profeta. Relativo objetivismo, decíamos al referirnos a los historiadores de la historia intelectual de Latinoamérica. Como relativo es el objetivismo del investigador pegado al microscopio para estudiar objetos de cuyo conocimiento ha de derivarse un mejor aprovechamiento del objeto analizado.

El historiador, dice uno de los críticos estadounidenses de la historia de la cultura, se siente obligado a regresar al pasado sintiéndose él parte del mismo. Sus historias no son objetivas porque tienden a un determinado fin. No son pasado, son historia contemporánea, porque este pasado sólo les sirve para

entender su presente y proyectar en el futuro. No hay objetividad, porque se retuerce, si es necesario, este pasado para así mejor justificar acciones que han de darse para el futuro. "Confundir —dice William D. Raat— una idea presente con los acontecimientos pasados a los que se refiere violaba los principios básicos de la temporalidad". "Se trata de metahistoria y no de historia intelectual". Políticamente su meta es tratar de desarrollar una sociedad unitaria sobre las bases de un mexicanismo (o hispanoamericanismo) consciente. Filosóficamente trata de extraer de las condiciones del Nuevo Mundo un sistema de pensamiento universal y ético". Se transforman en filósofos —salvadores de la realidad latinoamericana y junto con ella, de la misma realidad planetaria.

¿Metahistoria? ¿Filosofía de la Historia? ¿Por qué no? José Gaos, en sus lecciones sobre la historia de la filosofía, la filosofía llamada universal, mostraba como la preocupación, de todos y cada uno de los filósofos analizados, enraizaba en la realidad de la que venían siendo expresión. Era dentro de esta realidad, y por su salvación, que habían ido surgiendo las diversas doctrinas y corrientes filosóficas. Y en todas ellas se expresaba una gran preocupación por resolver los problemas que esa realidad planteaba a los filosofantes, buscando soluciones que se deseaba fuesen permanentes. Una historia de la filosofía en la que preocupaciones y soluciones iban enlazándose vitalmente. Una historia con sentido, el que le ponían los filósofos empeñados en salvar las circunstancias que les había tocado en suerte. El pasado histórico y filosófico visto, no como algo muerto, de museo, sino estrechamente relacionado con el presente de quienes hurgaban en tal pasado. Porque el filósofo auténtico no es aquel que repite las lecciones de sus antecesores, sino el que hace de ellas instrumento para resolver los problemas de su realidad presente. Y en este buscar en el pasado los instrumentos de cambio, en el presente, la filosofía que le antecede, es siempre manipulada, distorsionada, si así es necesario, para hacer de ella el punto de partida de una nueva filosofía que, por lo mismo, resulta original, con la originalidad propia de la realidad a la que se enfrentaba esta filosofía. Signo de madurez de nuestra filosofía en América era ya para Gaos esa capacidad de sus pensadores para relacionar los filosofemas prestados con una realidad rica en problemas y en posibilidades de solución. De aquí que la preocupación que, una y otra vez, se ha dado en Latinoamérica, para el logro de una cultura que pudiera considerarse original, tuviese ya su inicio en esa aparente falta de originalidad de nuestro filosofar. En ese ser, pese a los intentos realizados, "malas copias" de las doctrinas imitadas. Ser consciente de este hecho era ya entrar en el campo de

posibilidad de la anhelada originalidad. En la historia de esos intentos, en los aparentemente vanos esfuerzos por hacer filosofía de acuerdo con un determinado modelo, se encontraba ya el meollo de la originalidad filosófica y cultural. Por ello, Gaos veía en las síntesis históricas que se venían realizando, las mejores expresiones de lo que podría llegar a ser auténticas filosofías y cultura latinoamericanas. No ya como una filosofía con determinadas especificaciones, sino como expresión de la filosofía que el hombre ha hecho, ha venido haciendo, y seguirá haciendo para salvar sus circunstancias.

José Gaos, al contrario de los estudiosos de la historia intelectual latinoamericana, veía en las criticadas expresiones de la filosofía latinoamericana, tan preocupadas por resolver problemas y proyectar soluciones a largo o corto plazo, la mejor expresión de la anhelada y original filosofía latinoamericana. Se trata de un pensamiento preocupado, una y otra vez, por definirse a sí mismo. Definición encaminada a destacar la identidad del hombre empeñado en este pensamiento. Búsqueda de identidad como signo de una situación que resultará ser propia de otros muchos pueblos como el nuestro. Búsqueda de identidad que llevará a este pensamiento a realizar esfuerzos para deshacerse de aquellas formas culturales que se consideraba le eran extrañas; pero sólo para adoptar nuevas formas de cultura y pensamiento que acaban por considerar igualmente extrañas. Tomar conciencia de estos esfuerzos, destacarlos y hurgar en sus raíces, ha de ser el primer gran paso del que ha de surgir la anhelada filosofía de esta nuestra América.

José Gaos, en Carta Abierta, en la que comentaba un libro mío, hacía expresa la importancia de esta toma de conciencia, la toma de conciencia de un pensamiento que se sabe, a sí mismo, enajenado, subordinado, dependiente. "En todo caso —dice Gaos—, el esfuerzo por deshacerse del pasado y rehacerse según un presente extraño no acreditó precisamente de ser un esfuerzo menos utópico que ningún otro. Porque si rehacerse según un presente extraño no parece imposible, en cambio, el deshacerse del pasado parece absolutamente imposible". Y este fue, precisamente, agregaríamos, el vano intento que, a lo largo de nuestra historia como pueblos independientes, trató de realizarse; es en esta preocupación que se encuentra el meollo de esa filosofía de la historia que hace imposible la objetividad que se reclaman a las síntesis históricas que se han venido realizando". ¿No será fundamentalmente por este —pregunta Gaos— por lo que la actitud de los pensadores hispanoamericanos ha venido cambiando desde el fin, por tanto, de la etapa positivista, quizá lentamente al principio, velozmente

en estos últimos años, de toda forma iniciando una nueva etapa del pensamiento en Hispanoamérica, aquella a la que pertenece este mismo libro de usted? ”

La imposibilidad de saltarse la historia, la necesidad de tener que contar con ella, pero no como algo muerto sino como el modo de ser de los hombres que forman los pueblos de esta América, habrá de conducir, como señala también José Gaos, a un intento de asunción de asimilación, del *Aufhebung* hegeliano. Desde este punto de vista, desde esta interpretación o filosofía de la historia, el pasado es así algo vivo y que debe ser asimilado en el presente para que sea útil al futuro de sus creadores y no sea ya más un obstáculo. Asimilación que es ajena, por lo mismo, a cualquier forma de objetividad neutral. La historia, nuestra historia, no está muerta, como podría estarlo a un observador en cuya observación no le vaya su propia existencia. Nuestra historia al no haber sido asimilada, al no haber sido incorporada al futuro que se quería realizar, al habérsela visto como un obstáculo y no como una ayuda para tal realización, la ha convertido en la mejor aliada de esa, al parecer permanente situación de dependencia, de la que, una y otra vez hemos tomado conciencia. ¿Cuál es entonces el meollo de la filosofía de nuestra historia que se va perfilando y que Gaos, lejos de ver como un defecto la muestra como la máxima posibilidad de la anhelada filosofía mexicana y latinoamericana? Gaos lo resume así: “en vez de rehacerse según un presente extraño, rehacerse según el pasado y el presente más propios con vistas al más propio futuro. ¿No es esta —pregunta— la que ya se puede llamar la filosofía toda de usted y de sus compañeros de generación, y de generaciones aún más recientes, especialmente de los jóvenes que son sus colaboradores en la iniciada tarea de un filosofar sobre el mexicano que acabe dando una filosofía mexicana? ”. La historia está siendo encuadrada desde la altura de lo que el propio Gaos llama “filosofía de la historia hispanoamericana”. Filosofía de la historia que, como toda filosofía de la historia, busca a la misma un sentido, esto es, algo vivo, algo por lo que se siente algo más que curiosidad; algo de lo que pareciera pender o depender nuestra misma existencia.

¿Qué existencia? La propia de nuestros pueblos. La que ha originado una interpretación de la vida que puede parecer original, pero que la historia universal de nuestro tiempo muestra ser también propia de otros muchos pueblos en situación semejante al nuestro. A través de esta otra cara de la historia universal se hace, una y otra vez, expresa la conciencia de dependencia. Dependencia de la que se intenta escapar de diversas formas, entre ellas negándose a sí mismos, negando su pasado visto como algo extraño. Se trata, por

supuesto del pasado colonial, del pasado impuesto. Partiendo de un vacío de pasado para adoptar un futuro que resulta a su vez ser extraño. El futuro que en otros pueblos ya es pasado, pero que es visto como un obstáculo, y no como ayuda, para tal realización, se presenta como modelo a realizar. Pero un modelo que lleva dentro de sí nuevas formas de subordinación, nuevas formas de dependencia. La preocupación por rehacerse de acuerdo con un pasado que nos es extraño, negando nuestro propio pasado, ha sido la característica de esta filosofía de la historia que parece ser propia de la América Latina, pero también lo es de los pueblos que, como los latinoamericanos, han entrado a la historia bajo el signo de la subordinación y de la dependencia.

Este pasado es, naturalmente, negado porque con él se pretende negar lo que éste representa, esto es la dependencia, la subordinación. Aceptar tal pasado, se piensa, implica aceptar también la dependencia. De allí el vacío de pasado. El vacío, o negación, de un pasado que en todas las culturas ha sido, y sigue siendo, toma de conciencia de una experiencia que, por serlo, implicaría su no repetición. Saber lo que se ha sido, no implica seguir siéndolo sino ser distinto en la medida en que se tiene conciencia de lo positivo y de lo negativo de ese pasado, en la medida en que tal pasado es una experiencia que, por serlo, no tiene que volver a repetirse. Pero esta sería una negación dialéctica, una asunción de lo que se ha sido para no tener que seguir siendo. Porque otra es la forma de negación que parece ser propia de nuestros pueblos, la que pretende ignorar, o borrar, el propio pasado para realizarse de acuerdo con un pasado que no es el propio sino el de la experiencia de otros pueblos.

Nuestros "emancipadores mentales" tenían ya conciencia de esta situación cuando comparaban nuestra historia con la historia de los pueblos que se presentaban como modelos a realizar por los nuestros. Sobre un pasado de esclavitud, pensaban, no podrá alzarse un futuro de liberación. Y el pasado de nuestros pueblos era eso, esclavitud, al contrario del de otros que habían alcanzado la libertad en su más completa expresión, partiendo de una experiencia cada vez más amplia de la misma. Pero, se preguntan, ¿cómo vamos a realizar formas de libertad si no hemos tenido otra experiencia que la de la dependencia, la de la subordinación? Simón Bolívar, en la *Carta de Jamaica* destacaba ya la situación de nulidad histórica en que se encontraban los pueblos de la América Latina. Pueblos sin historia, porque eran sólo instrumentos para la realización de la historia de otros pueblos. "La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido por siglos puramente pasiva —dice el Libertador—

su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más bajo de la servidumbre, y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad". ¿Cómo alzar sobre este pasado un futuro propio de hombres libres? "Los americanos, —agregaba—, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más, el de simples consumidores". "Tan negativo es nuestro estado que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de todas las naciones". "Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración de estado". Un accidente histórico había lanzado a los latinoamericanos a una situación para la cual no estaban preparados, para la cual carecían de experiencia, de historia. "Los americanos —dice Bolívar— han subido de repente y sin los conocimientos previos; y lo que es más sensible sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad".

¿No era esto lo que pensaba Hegel en su Filosofía de la Historia al referirse a la América, en especial a la de origen latino? ¿No era el Estado la máxima expresión de la autorealización del Espíritu como libertad? ¿No era precisamente esta experiencia, esta historia, la que faltaba a nuestros pueblos? ¿No era esta situación la que hacía que Hegel viese de esta América sólo el futuro del que aún no podía hablar para no hacer profecías? Vacío de pasado y, por lo mismo, vacío de futuro. Un futuro que sólo hombres con un auténtico pasado con una auténtica experiencia, podrían realizar en América, esto es, mediante la colonización. Pero Bolívar, como sus pares, se oponía a la colonización, quería ponerle término. No se trataba de pasar de una dependencia a otra dependencia. Tal era el problema que debería ser enfrentado. No se trataba de que los hombres libres de Europa o los Estados Unidos hiciesen de esta América una ampliación de la libertad. De lo que se trataba es de que estos esclavizados hijos de Latinoamérica se liberasen, que realizasen la libertad. Pero ¿sobre qué base? ¿Apoyados en qué? ¿Apoyados en experiencias que no eran las propias? ¿Partiendo de un pasado que no era el propio?

¿Cómo resolver el problema? Mediante una yuxtaposición. Esto es, tratando de asimilar, no ya el propio pasado, sino un pasado extraño. Tratando

de ser de acuerdo con unos determinados modelos. Imitando modos de vida extraños a las experiencias coloniales de esta América. De esta imitación y de su fracaso en América fue también consciente Simón Bolívar, pese a ello nuestros "emancipadores mentales" se empeñaron en asimilar experiencias que nos eran extrañas. De estos primeros y frustrados intentos habla también Bolívar cuando dice: "Los acontecimientos de la Tierra Firme nos han probado que las instituciones perfectamente representativas, no son adecuadas a nuestro carácter, costumbres y luces actuales". En otro lugar y ya con amargas experiencias, Simón Bolívar afirmaba: "Yo pienso que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo. Aquí no hay que añadir más, sino echar la vista sobre esos pobres países de Buenos Aires, Chile, México y Guatemala". Y en otro lugar agrega, "Se quiere imitar a los Estados Unidos sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas. Crea usted... que nuestra composición es muy diferente a la de aquella nación, cuya existencia puede contarse entre las maravillas que de siglo en siglo produce la política. Nosotros no podemos vivir sino de la unión". Ya en la *Carta de Jamaica* había dicho: "En tanto que nuestros compatriotas no adquieran los talentos y las virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del Norte, los sistemas enteramente populares, lejos de sernos favorables, temo mucho que vengan a ser nuestra ruina". Pese a estas advertencias los latinoamericanos se empeñaron en adoptar constituciones y en adoptar filosofías que, si bien habían sido expresión propia de los grandes modelos de naciones imitadas, en la América Latina solo servirían para justificar nuevas formas de dependencia: la de las naciones imitadas.

La yuxtaposición será propia, no sólo de los pueblos latinoamericanos, sino también de todos aquellos pueblos que a partir del siglo XV fueron conquistados y colonizados por la Europa ibérica y la Europa llamada occidental. De esta yuxtaposición habla el sociólogo marroquí Joseph Gabel cuando dice, al referirse a todo el Tercer Mundo: "La colonización realizó una yuxtaposición mecánica y despersonalizante de elementos culturales de variados orígenes". Al vacío de libertad, de que hablaba Bolívar, al referirse a Latinoamérica, se yuxtapusieron una serie de experiencias políticas y culturales que no habían surgido de la propia realidad latinoamericana. Experiencias impuestas de las que se derivaron nuevas formas de dependencia. Tratando de ser como Europa o los Estados Unidos, simplemente acabamos por ser parte de su dominio. En nombre de la Civilización y el Progreso, para su supuesto logro, los

latinoamericanos trataron de olvidar la propia experiencia, la experiencia esclavizante, la única experiencia que tenían, pero sólo para caer en otra esclavitud, una vez que la experiencia anterior no había sido asimilada. Al no ser asimilada la experiencia de la esclavitud bajo el dominio íbero, otra esclavitud se agregó a la sufrida. La yuxtaposición fue, no sólo cultural, sino también social, de dominio. Al dominio ibérico y el espíritu que dejó sobre sus colonias, se sumó el dominio de los intereses de los pueblos que en vano imitábamos. Sobre un dominio se impuso otro. Un nuevo dominio, que en nada se distinguía del que se había sacudido Latinoamérica. No asimilada la experiencia de la servidumbre íbera caímos en la servidumbre sajona. Los latinoamericanos, como pensaba Bolívar de la dominación ibérica, seguían sin ocupar “otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores”.

¿Cuál seguía siendo el destino de nuestros pueblos? El que ya le había marcado la colonización ibérica, sólo que ahora bajo otros señores. “¿Quiere usted saber cuál es nuestro destino? preguntaba Bolívar hablando de la dominación ibérica— Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta”. Otro imperio impondría a nuestros hombres las mismas serviles tareas, otro imperio arrebataría nuestras materias primas para enriquecer sus arcas y llevar al apogeo su progreso. Negándonos a asimilar la antigua servidumbre, negándonos a hacer de ella una experiencia que no tenía que ser repetida, caíamos en nuevas servidumbres. La yuxtaposición aceptada sólo expresaba yuxtaposición de dependencias.

Es, precisamente, esta yuxtaposición la que ha de ser evitada en el futuro. Evitaba mediante lo que podríamos llamar concientización, o toma de conciencia, de nuestra historia. Toma de conciencia que nos impida caer en nuevos vacíos que pueden ser prontamente llenados por intereses que sigan siendo ajenos a los nuestros. El presidente estadounidense general Dwight D. Eisenhower, al hablar de los pueblos del Tercer Mundo que, como la América Latina, se liberaban de un dominio, hablaba de la necesidad de llenar el “vacío de poder” que el anticolonialismo significaba. Ocupación del “vacío de poder” con el que se expresaba una nueva forma de yuxtaposición colonial, el paso del colonialismo al neocolonialismo. ¡El colonialismo ha muerto! ¡Viva el colonialismo! Tal ha sido nuestra historia, nuestra experiencia histórica.

Yuxtaposición de dependencias, que se expresa también en yuxtaposición cultural, política y social. Paso del colonialismo íbero, al colonialismo europeo occidental y de este al neocolonialismo de nuestros días. Vacío de poder, en cuanto el poder no nace de nosotros mismos. El vacío de nuestra experiencia histórica que, una y otra vez, hemos tratado de nihilizar.

Nuestro pasado está así formado por esa serie de yuxtaposiciones, de vacíos de poder una y otra vez ocupados por fuerzas externas. Pero es con este pasado que tenemos que contar es a partir del cual hemos de crear un futuro que sea su negación. El sociólogo marroquí Gabel nos dice, extendiendo esta experiencia a todo el Tercer Mundo, "Incumbe en adelante a los pueblos que recobraron su independencia trascender esta yuxtaposición para concluir en una totalidad histórica concreta, en la que estos elementos no sean ni escotamizados ni convertidos en ídolos, sino superados e integrados idalécticamente, en el sentido del *Aufhebung* hegeliano". Es una experiencia, la única que poseemos, que debe ser integrada a la personalidad de nuestros pueblos. No para que, como se suponía erróneamente, nuestros pueblos acepten la situación de dependencia, sino por el contrario, para que teniendo conciencia de ella, su experiencia, su significado, conciencia de las formas como la misma puede penetrar, deje de existir. Otro latinoamericano, el maestro venezolano Andrés Bello, mostraba como pueblos dominados, como los hispanoamericanos, junto con la dominación habrían recibido, a pesar de los mismos dominadores, valores que, al reclamarlos y hacerlos suyos, formaban un pasado que en forma alguna podría ser inferior al de sus dominadores. Y en este sentido hemos sostenido en otras ocasiones que el Mundo Occidental, pese a sus creadores, se ha universalizado al universalizarse sus valores, al ser estos reclamados como algo propio por pueblos que han sufrido la dominación de los hombres que los sostenían como algo exclusivo. Esto es lo que se hace expreso en las diversas síntesis culturales de que hemos hablado. Síntesis animadas por una filosofía, por una interpretación de la historia que no puede ser neutral. Que no puede ser objetiva en el sentido que vuelva a contemplar la realidad como un vacío. Síntesis culturales, filosofía de la historia de nuestra América en las que el pasado tiene necesariamente que ligarse con el futuro que se quiere realizar. Síntesis culturales, o filosóficas que no pueden pensar su propia historia como algo ajeno a los sueños y esperanzas del futuro. Síntesis culturales e históricas empeñadas en amalgamar, en unir el todo de los que han sido nuestros pueblos con el todo de lo que pretenden ser. La servidumbre, la dependencia, como lo que fue y que no tiene ni puede seguir

siendo. La dependencia como lo que ha sido y aun es, pero haciendo conciencia de ella para que no siga siendo ni vuelva jamás a ser, no ya sólo entre nuestros pueblos, sino en pueblo alguno.

Hegel en su filosofía de la historia mostró los pasos que había venido dando el Espíritu, a partir de su estado natural, para alcanzar la plenitud como libertad. En el pasado, descrito por Hegel había también esclavitud, la esclavitud propia de la naturaleza y la esclavitud que unos hombres imponían a otros. Esclavitud que fue siendo trascendida por el espíritu, por el hombre, empeñado en negarla. Nuestra filosofía de la historia ha de partir, también de la esclavitud de la servidumbre, que por largos siglos de coloniaje nos ha sido impuesta por intereses extraños; pero no para quedarnos en esa servidumbre sino para hacer de su conciencia, de su toma de conciencia, la primera expresión de la anhelada libertad, el punto de partida de una liberación que ha de ser total.

La filosofía de la historia de nuestra América, como toda filosofía de la historia, tiene que hacer expreso el compromiso con el futuro de esta nuestra historia. La objetividad que se reclama a esta síntesis tiene, por lo mismo, que ser extraña. Tal objetividad es imposible, porque en este reflexionar, por apresurado, confuso e informal que pueda parecer, nos va la propia existencia. La existencia de esa siempre anhelada libertad. La objetividad que reclaman los sostenedores de la lógica para la lógica y la historia por la historia, es extraña para quienes buscan en la historia, la propia historia, algo más que información, erudición, esto es, el sentido de la propia existencia, por lo que esta historia ha sido y por lo que se aspira que sea.